8 de octubre 2020 -210
HIERBA VERDE
340- Vengo de la orilla de la hierba verde,
de pisar la nieve que se derrite muda
y al mirar y verte en el limpio espejo
de las aguas translúcidas
de este corazón mío convertido en arroyuelo,
me he dicho, como tantas veces:
¿Tú? ¡Ay Dios! Qué sencillo eres,
qué majestad de rey y qué cercano y bello.

Y como tengo que decirte
que como aquel día, de Ti, sigo muriendo,
al verte en la corriente
y en las hojas tersas de los limpios berros,
otro suspiro más se escapa de mi alma
y se hace grito mudo en la luz tenue
de la tarde sobre el cerro:
¡Ay Dios! Te necesito tanto
cuando de Ti tanto y tan poco tengo
que ya no quiero ni respirar una bocanada más,
si no que deseo ardiente hacerme,
con la música del río, sangre de Ti, en el silencio.

341- Porque verte bajar
pisando la nieve blanca por entre los pinos viejos,
es como si de repente el dragón de las cien y una primavera
emergiera desde las repletas cavernas del hermano tiempo
y clavara sus colmillos en el paladar de mi corazón
para despertarme a la luz de la verdad ansiada
y al instante me arrancara los ojos para dejarme ciego.
¡Ay Dios mío!
Qué gozo en tan gran tormento.

342- Y te lo digo, aunque Tú lo sabes:
en la cascada de espuma y el musgo terso,
la que se despeña en la hondonada de las rocas grises
rodeada de los pinos gruesos,
he estado a punto de esperar la noche que,
vestida de escarcha, por el barranco del río venía subiendo,
y abrazarme a ella y fundirme todo
para ver si así ya por fin desaparezco de la tierra y me hago sueño.